

Psicología y desarrollo humano

La sumisión Psicoterapeuta Victoria Molina

La definición de sumisión que nos ofrece el diccionario de la Real Academia Española es: Sometimiento de alguien a otra u otras personas / Sometimiento del juicio de alguien al de otra persona / Acatamiento, subordinación manifiesta con palabras o acciones.

Con lo que queda claro que la sumisión, es la acción de sometimiento propio ante los juicios, acciones o afecto de otro(s). Hablar de sumisión en estos tiempos es tratar un tema conocido por la mayoría. Está presente en nuestro entorno y, aunque haya afectado mayormente a las mujeres (sólo tenemos que revisar la historia), lo podemos ver en ambos sexos.

Este tipo de conducta, como la gran mayoría, se puede presentar por diversas causas que se complementan; podríamos decir que se trata de un síntoma multifactorial. Veamos, a grandes rasgos, lo que sucede.

Necesidades, amor y sumisión

Se puede considerar que la sumisión se origina por la obligada dependencia del infante. Nacemos totalmente dependientes de aquellas personas que nos proporcionan la posibilidad de sobrevivir, generalmente los padres de quienes recibimos la protección, los cuidados, el alimento y el afecto que requerimos. Así, el bebé se somete debido a su dependencia y percibirá a sus padres como los objetos de amor que le satisfacen todas sus necesidades. De esta manera quedarán “conectadas” la satisfacción de las necesidades con el afecto amoroso y, por tanto, la sumisión para poder recibirlos. Por eso, desde entonces, ante la sensación de que alguna necesidad no es cubierta, aparece la amenaza de verse privado de amor. Con esto se comprende que existe una interrelación entre la sumisión y la dependencia de las necesidades básicas.

Y por si fuera poco lo que se vive, en este sentido, como bebés, la sumisión es algo que también se aprende muy temprano en la vida; se nos enseña a obedecer como parte fundamental de un correcto desarrollo, lo cual es cierto y necesario, ya que en la vida tenemos que saber enfrentarnos a un sinnúmero de reglas y códigos que nos permiten convivir, relacionarnos y desarrollarnos adecuadamente en la sociedad en la que estamos inmersos, sin embargo no es fácil determinar la medida, el grado o el matiz a seguir para que esta obediencia en la infancia no se convierta en una sumisión en la vida adulta.

Durante la infancia, aunque se deje de ser bebé, se sigue siendo dependiente de los adultos y, en muchas ocasiones, se puede ver que las necesidades del niño son rechazadas, relegadas o inhibidas por las necesidades del adulto, sin que ese niño pueda hacer nada más que someterse a las decisiones de los mayores. Con frecuencia al menor ni siquiera se le permite una reacción a su frustración (gritar, llorar, etc.), con lo que, además, aprenderá a enmudecer. Y ¿por qué se somete? Porque sigue siendo dependiente del adulto para la satisfacción de sus necesidades básicas y, sobre todo, por el temor de perder su amor.

El niño se somete, sí, no le queda otra opción, pero ¿qué sucede con su frustración, su enojo, su rabia? Lo que siente sigue existiendo, no desaparece, y menos si no se le permite

algún tipo de reacción. Si no encuentra unos padres capaces de “soportar, contener y modular” esos sentimientos, permanecerán en su interior (con las consecuencias ulteriores). Pero sucede que para el niño es intolerable tener “malos” padres que lo frustran constantemente; es terrible vivir en un entorno hostil, porque resulta demasiado amenazador, entonces, por la imperiosa necesidad de adquirir un sentimiento de seguridad, creará unas figuras (paternas) idealizadas que le provean de esa protección requerida, convirtiéndose él en el “malo” que no acata las decisiones adultas; *es preferible creerse malo pero estar cuidado y seguro*. Y así continúa instalándose el sometimiento, relacionándose, ahora también, con el miedo y la culpa. [Cabe mencionar, aunque resulte obvio, que estos mecanismos infantiles son inconscientes].

Camino difícil hacia la independencia

El niño, con la edad, empezará a pensar o fantasear con ideas de independizarse, esto es una actitud normal que se va dando a través de las etapas que va viviendo, haciéndose más evidente en la adolescencia. Sin embargo, cuando ha sido “sobresometido”, estas ideas estarán impregnadas de todos los sentimientos, sensaciones vivencias e idealizaciones guardados en su historia de sumisión.

Para que el niño pueda lograr su independencia (en su momento), será necesario que desde temprano reconozca al otro como diferente de él, esto significa que tendrá la necesidad de ver a la madre (o sustituto de ella) como un sujeto independiente, y ella sólo podrá proveer este reconocimiento si posee esa identidad independiente. Como menciona Carmina Serrano: “Sólo una madre que se sienta con derecho a ser una persona puede ser vista como tal por su hijo, y sólo una madre así puede apreciar y poner límites a la agresión y a la angustia que acompañarán la independización y permitir una diferenciación completa”.

El reconocimiento mutuo no puede lograrse por medio de la obediencia, de la identificación con el poder de la madre o de la represión. Requiere el contacto con el otro, lo que supone una paradoja: en el momento en el que se comprende la propia independencia, será necesario que otro la reconozca. Esto significa que el niño no sólo necesita lograr independencia, sino que necesita ser reconocido como un ser independiente por las personas de las que depende. Ese reconocimiento mutuo es vital en el proceso de diferenciación. “Si el otro me niega su reconocimiento, mis actos no tienen ningún significado; si el otro está tan por encima de mí que nada que yo pueda hacer modificará su actitud conmigo, sólo cabe que me someta. Mi deseo y mi ser como agente activo de mis actos no encuentran salida, salvo en forma de obediencia”. Podíamos llamar a esto dialéctica de control: “Si controlo totalmente al otro, el otro deja de existir (como subjetividad autónoma) y si el otro me controla totalmente, soy yo quien deja de existir”. Con esto, el sometimiento se convierte en la única forma de reconocimiento. Y la verdadera independencia supone mantener esa tensión esencial de estos impulsos contradictorios: tanto afirmarse a sí mismo, como reconocer al otro -sin que uno predomine sobre el otro. Como podemos apreciar, el sometimiento es un rasgo que aparece desde el momento mismo del nacimiento debido al estado de indefensión con el que el ser humano llega a este mundo. El “problema” surge cuando, llegada la edad en la que se debe afirmar una identidad independiente, el sujeto no es capaz de conseguirla adecuadamente debido a que, por diversas razones (lo multifactorial mencionado al principio), queda “anclado” en esas conductas infantiles, necesarias en su época, pero inmaduras y dañinas en el adulto.

Dicho así, parecería fácil lograr una independencia equilibrada, donde no primen inclinaciones de sometimiento o de dominio (recordemos que para que exista la sumisión tendrá que haber dominio, y viceversa), pero conseguirlo es una complicada tarea que, desafortunadamente, muchos no logran elaborar con éxito. Hugo Bleichmar lo explica de la siguiente manera: “Los automatismos llevan a algunas personas a ceder en sus necesidades y satisfacer siempre las de los demás. Hay quienes, de manera también automática, siempre se colocan primero y son ciegos a lo que los otros puedan necesitar, desear, sufrir. Será necesario encontrar el balance adecuado en cada situación, superando los automatismos inconscientes y las fuerzas que los sostienen, venciendo las tendencias a la sumisión o al egocentrismo”.

Modelo multifactorial

Por otro lado, resultaría muy simplista referirse a la sumisión -en general-, *solamente* como una conducta que resulta de la irremediable dependencia infantil del ser humano; evidentemente esto sería el modelo a seguir, pero si esa fuera la única condición, todos seríamos sumisos y no es así. Lo mismo se puede decir acerca de la conducta de los padres hacia los hijos; aunque éste también es un factor determinante, no es exclusivo para conformar una personalidad de este tipo, de ser así ¿por qué se puede presentar un hijo con tendencias sumisas y otro hijo con tendencias dominadoras, si han tenido los mismos padres, los mismos cuidados, educación, cariño, etc.? Es necesario volver a lo multifactorial donde, además de todos los factores externos, juegan un papel primordial los factores internos de cada individuo.

Es verdad, nuestra vida está marcada por la problemática del sometimiento, por los intentos de lidiar con las angustias que nos produce la dependencia emocional y con las angustias generadas al intentar desprendernos de aquellos a los cuales nos sometemos, sin embargo se trata, también, de uno de los tantos conflictos por los que pasamos a lo largo de nuestro desarrollo... nadie dijo que crecer es fácil. Con esta breve exposición, nos damos cuenta de que, como siempre que nos referimos a la psique humana, las cosas son un poco más complicadas de lo que parece. Los mecanismos inconscientes suelen decir mucho (¿todo?) de lo que reflejan nuestras conductas, de ahí la dificultad para comprender y resolver las problemáticas psicológicas a las que nos enfrentamos cada día. Esperemos, pues, que al conocer una pequeña parte del funcionamiento de una conducta que nos atañe a todos, en mayor o menor grado, podamos aportar un grano de arena para el crecimiento personal y, especialmente, para poder ayudar a nuestros semejantes.